

Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

El sueño de una noche de... la Alhambra.



Angel de las borracheras,
de ojos negros y brillantes,
soy pesadilla de horteras,
y perdición de estudiantes
calaveras.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Sevillanas, por Eduardo Bustillo.—Carta de un chupa-cirios á don Emilio Mario, por Juan Pérez Zúñiga.—¡Hule!, por Sinesio Delgado.—En defensa de honra ajena, por Luis de Ansorena.—Idilio, por Alberto Casañal Shakery.—Buenas y gordas, por Calixto Navarro.—Sucedido, por Enrique del Castillo.—Chilindrinas, por Luis González López.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: El sueño de una noche de... la Alhambra.—Figurines vivos.—De paseo (cuatro viñetas).—En defensa de honra ajena (cuatro viñetas).—España cómica: Pamplona, por Cilla.



¡Parece mentira cómo influyen en el espíritu público los sucesos de Cuba!

Desde que hemos sabido que el general Weyler se va á encargar del mando de aquel ejército, renace la confianza y todo vuelve á su pristino estado.

Ya acude la gente elegante al Retiro; ya se dedican los ratos á sus ordinarias tareas; ya pulsan la cítara sonora los poetas baratos, y el esposo irascible que había suspendido sus reyertas conyugales, por respeto á la crítica situación de Cuba y las dificultades que ofrecía la zafra, vuelve á maltratar á su señora y á pegar á los niños por un «quítame allá esos cepillos».

—¿Dónde está el cepillo de las botas?—pregunta con voz de trueno.

—Acabo de dejarle sobre la mesa del comedor, junto á la fuente de la ensalada.

—¡Aquí no hay arreglo! ¡Esta casa es un *bohío*! ¡Voy á matar á uno!

Y arroja las botas contra la pared y se tira del lazo de la corbata para ahorcarse en un momento de desesperación.

—¡Brígido, por Dios!—replica la infeliz consorte.—No te sulfures; piensa en tus hijos.

Por toda respuesta, el esposo se lanza sobre la esposa y le da un puñetazo en cualquier parte, sin reparar.

—¡Verdugo! ¡Maceo! ¡Lástima que no estuviera aquí Weyler para bajarte los humos!...

—Ya te daré á tí *Weyleres*... ¡Toma, toma!

Como se ve, Madrid ha recobrado su fisonomía propia y los vecinos, después de pelearse en su casa, salen á tomar el sol por el día ó á visitar los escaparates por la noche, como si la guerra se hubiese acabado definitivamente.

Los que tienen fe en el ingenio de nuestros autores cómicos acuden á Apolo y á Lara; los que aman las impresiones fuertes van á Novedades, donde por poco dinero pueden ver un par de difuntos todos los domingos, tarde y noche.

Raro es el domingo en que no sucumben dos ó tres personajes, unas veces por falta de alimentación y otras á impulso del puñal ó el veneno.

Hay seres que sufren lo indecible en vista de los sucesos que se desarrollan en el escenario de Novedades; pero no pueden sustraerse al deseo de presenciar tanta desventura, y acuden á las butacas con el rostro compungido y el corazón lacerado, y lo primero que hacen es preguntar al acomodador:

—¿Sabe usted si muere mucha gente en el drama de esta noche?

—Sí, señora—suele contestar el interpelado.—Primero muere el galán, de un tiro por la espalda, y después muere su tía, que ha sido para él una segunda madre.

—¿De otro tiro?

—No, señora; de un orzuelo. Ella al principio no hace caso del orzuelo, porque está enamorada del segundo galán y no se

fija en sus propias enfermedades, hasta que empieza la inflamación, y cuando quiere ponerse en cura ya no tiene remedio.

—No me cuente usted más, porque á mí me gusta que las cosas del teatro me cojan desprevenida.

Al anfiteatro de Novedades, fila última, concurre todos los domingos por la noche una viuda sensible. Durante la representación no hace más que enjugarse los ojos y lanzar suspiros ahogados, y nunca falta algún espectador compasivo que le pregunta:

—¿Le duele á usted algo?

—No, señor, es que me *afeitan* los dramas, porque yo he sufrido mucho en esta vida y todo lo que está pasando en la escena me ha pasado á mí, poco más ó menos. Tampoco me dejaban casar mis padres, porque mi novio estaba empleado en una fábrica de velas y olía á sebo. Por último, nos escapamos y estuvimos viviendo juntos con una lavandera hasta arreglar los papeles... Después yo he visto morir á mi esposo en mis brazos, echando espuma. ¡Ay! ¡He sufrido mucho, créame usted!...

La viuda sufre, en efecto, pero no descuida las necesidades del estómago, y de cuándo en cuándo saca del bolsillo una raja del salchichón y se la come.

—¿Usted gusta?—dice á su colateral.

Que aproveche.

—Pues yo cómo sin ganas, pero el médico dice que debo comer con frecuencia, porque padezco del corazón... Por lo demás, todos los manjares me son indiferentes. Estoy comiendo este salchichón, que es legítimo, y á mí me sabe á petróleo. Y es que he perdido el paladar y la alegría.

Dos libros nuevos y los dos notables, cada uno por su estilo.

Cuentos, de Alejandro Larrubiera, editado con todo lujo y perteneciente á la «Biblioteca Española», y la *Historia de Vigo y su comarca*, escrito por José de Santiago y Gómez.

Á Larrubiera le conocen ustedes como ingenioso cuentista y escritor original; á José de Santiago le elogiarán todos cuantos lean su libro, donde ha compendiado curiosas noticias referentes á la hermosa ciudad *do* he visto la luz.

Y con esto he dicho bastante.

Luis Taboada.

*

Sevillanas.

RA

Dicen que se alborotan
las cigarreras,
las mozas de Sevilla
más retrecheras;
de aquellas que, en invierno
como en otoño,
adornado de rosas
llevan el moño,
que María Santísima
dicen que quiso
que aquello fuera en flores
un paraíso.

No sé lo que en el moño
se les pondría,
aparte de las flores
de Andalucía,

para andar sublevadas
contra sus jefes,
á los que acaso tengan
por mequetrefes.

Pegan al que administra,
gritan airadas;
y las bellas, en furias
transfiguradas,

piden trabajo y pago
de sus haberes
pues su centro de vida
son los talleres.

Muestran al delegado
tabacalero,

el brazo puesto en jarra
con gran salero;
y enseñan finos dientes
cuando los labios
sueltan á borbotones
la mar de agravios.

Que pidan con justicia
nadie lo duda;
el pan quiere ganarse
la que lo suda.

Y no es extraordinario
que ellas se emperren,
sin temer que las aten
y las encierren.

Á mí me son simpáticas
las de Sevilla,
rociando *coraceros*
con manzanilla.

Los pitillos liando
muy afanadas,
no andarán en más líos,
buenas y honradas.

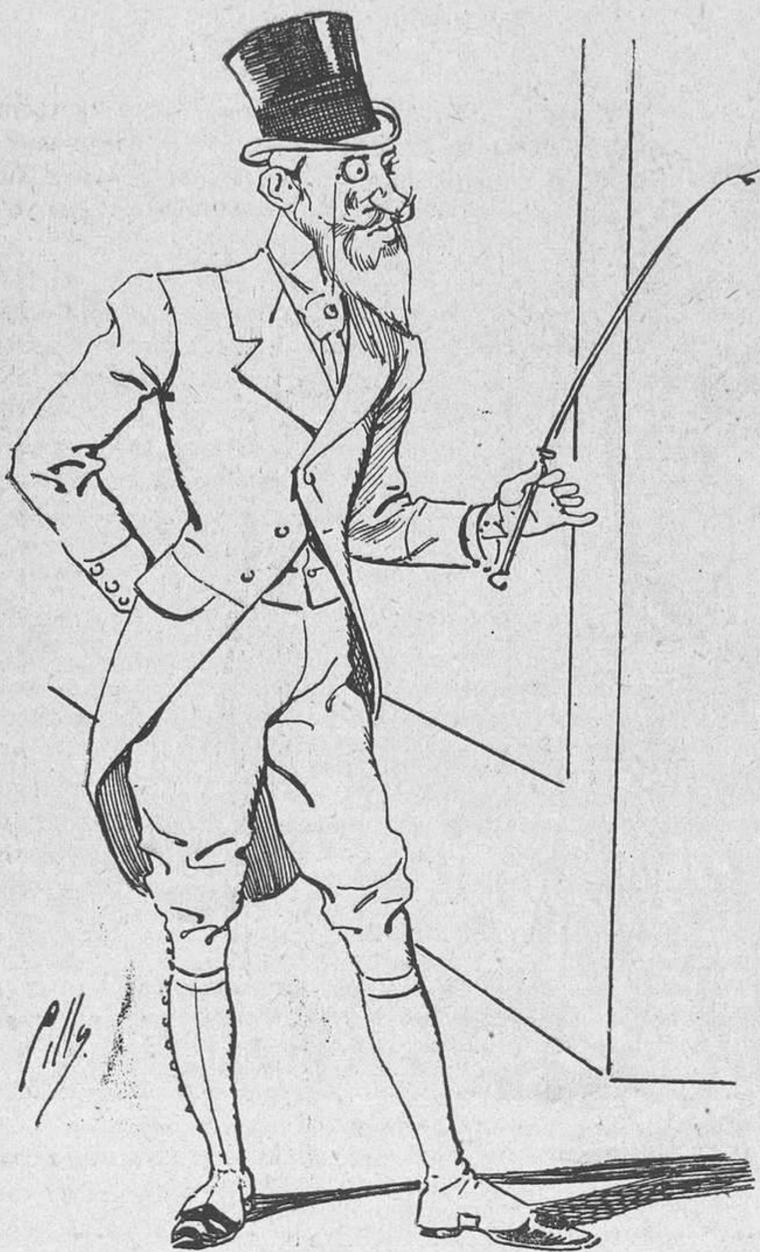
Vuelva, con el trabajo,
su pan bendito,
y en los días de fiesta
su jaleito.

Y tras aquellos aires
de hermosas fieras,
arránquense las chicas
por *peteneras*.

Eduardo Bustillo.

*

FIGURINES VIVOS



El Excmo. Sr. D. Mamerto Rodríguez y Fernández de Montvelado, duque de Villarrecia y marqués de Panfílota, en traje de cuadra...

CARTA DE UN CHUPA-CIRIOS

Á DON EMILIO MARIO

(Quintillas leídas por este eminente actor en la función verificada en el Teatro de Apolo á beneficio de la Congregación de actores de Nuestra Señora de la Novena.)

Hoy jueves treinta de Enero.
Señor don Emilio Mario:
Permita usted este sincero
desahogo á un majadero
que vive del incensario.

Usted dirá: «Bueno, ¿y qué?»
Pues nada; soy sacristán
del templo de San José:
Casimiro Balandrán,
pa servir á Dios y á usted.

Y estoy tan hecho á esta danza
de limpiar santos, que ahora
los sacudo ya (no es chanza)
con la misma confianza
que sacudo á mi señora.

Pues bien, anoche á mi hogar
llegó un sobre con un par
de asientos de delantera
pa una función de primera
que hoy van ustedes á dar.

¡Dos delanteras! A fe
que las guardé en seguidita.
Ahora, lo que yo no sé
es cuándo las pagaré,
porque ando torpe de guita.

Yo, que por obligación
tengo función á diario,
no comprendo una función
que no tenga su rosario,
su motete y su sermón.

Y acostumbrado á creer
que aun los cómicos mejores
tienen poco que perder,
decía: «¡Qué han de tener
una Virgen los actores!»

Pero hoy confieso mi error.
Sé que la de la Novena
es la Virgen del actor
y que están de enhorabuena
Ella y su hermano mayor.

De ustedes mal no sospecho;
mas voy á citar un hecho:
Vivía aquí Juan Campeche,
un primo mío de leche,
y un actor hecho y derecho.

El pobre, que era un encanto
para el drama y para el canto,
hizo en Trijueque *La malva*,
y *El lucero de la Alba*
y *La peste de Otro-tanto*.

Y como allí trabajó
tras de estar un mes á dieta,
cobró el sueldo, se atracó,
y se le llevó Pateta,
¡vaya si se le llevó!

Pues bien, don Eufemio Muro,
cura de allí, que era duro
de mollera, cogió al mozo
y fué y le enterró en un pozo,
si no negro, muy oscuro.

¿Le parece á usted bonito?
Pues al osario bendito
no le llevó don Eufemio
sólo porque era del gremio
de actores el pobrecito.

Yo los creí una pandilla
de tunos de tres bemoles.
Y hoy sé que hay una capilla
donde doblan la rodilla
los artistas españoles.

No cabía en mi cabeza
que hubiese un actor cristiano;
pero esto es una simpleza,

pues sé que hay actor que reza
lo mismo que un ser humano.

Y aun cuando el padre García
dice que entre los telones
abunda la gente impía,
lo mismo sucede hoy día
en todas las profesiones.

Mucho siento no asistir
esta tarde á la función
de Apolo; pero hay sermón,
y aún tengo que sacudir
á San Juan y á San Antón.

Mas no importa, ¡bueno fuera!
Irá mi esposa Pilar,
y que su primo Gaspar
ocupe la delantera
que había yo de ocupar.

Los cuartos... ya los daré.
Conque abur; le besa á usted
los pieses *con tierno afán*
Casimiro Balandrán,
sacristán de San José.

Por la copia,

Juan Pérez Zúñiga.

¡Hule!

Vestido con guñapos de colores,
sudoroso y febril, el pobre espada,
liando la muleta, va hacia el toro,
que muge de dolor, espanto y rabia.

Al hombre empujan al brutal combate
el aliciente de mezquina paga
y aquel rumor del oleaje inquieto
que en gradas y tendidos se levanta.

Llega al bruto por fin. La roja tela
mueve, agita y ondea desplegada
para excitar el bárbaro coraje
de la res, que con ímpetu se arranca.

Y otra vez, y otra más. Y tantas veces
que al público molesta la tardanza
y, entre insultos groseros, se impacienta
por ver cuál de los dos es el que mata.

Pide á la honrilla el pobre novillero
valor forzado, se perfila, avanza
y aprovechando el momentáneo arrojito,
los ojos cierra y el estoque clava.

Revuélvese la fiera; un alarido
de profundo terror llena la plaza,
y cae en tierra el hombre y huye el toro,
que tinto el cuerno del encuentro saca.

Poco después, tendido en la tarima,
pálido el rostro, turbia la mirada,
mientras cubren su herida con vendajes,
oye el torero retumbar lejano

la tempestad de aplausos y silbidos
que al acabarse cada suerte estalla
para animar los lances de la lucha
que sigue, entre el estruendo de las masas...

Y al fin, cuando las sombras de la noche
á duras penas á romper alcanzan
los recién encendidos farolillos
de tranvías, simones y tartanas,
avanza lentamente una camilla
entre la multitud que ríe y canta
y el monotonó estruendo de las ruedas
y el áspero chirrido de las trallas.

Al paso de la triste comitiva
callan los grupos, y á escuchar se paran
los roncós estertores del herido,
que lucha de la muerte con las ansias;
mientras del circo, que á la espalda queda,
brillando surgen y los aires rasgan
cohetes de melenas luminosas,
lluvia de fuego que al caer se apaga,

Y cuando, para alivio á la fatiga,
de la camilla el hule se levanta,
se ve una cara lívida allá dentro
al brillante fulgor de las bengalas.

Sinesio Delgado.

DE PASEO



Dúo de contralto y barítono:

—¿Cómo empezaré?
—¿Cómo empezará?
—¡Nos arrimaremos
un poquito más!



Aria de bajo:

—Todo está igual;
parece que fué ayer
el día en que yo andaba
buscando qué comer.



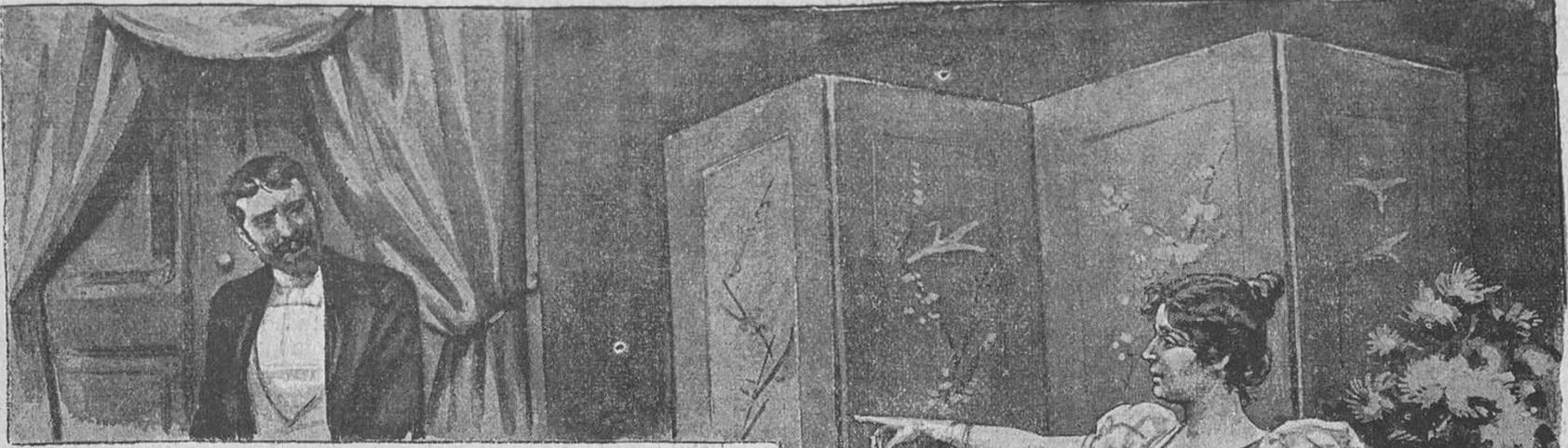
Dúo de tiple y CARICATA:

—Ya no tenéis caña
ni anzuelo las chicas.
—¡Mamá, son los hombres
los que ya no pican!



Romanza de tenor:

—Al verme en la calle
con esta librea,
me ha dicho una chula:
«¡Bernardino, arrea!»



En defensa de honra ajena.

Los invitados se iban retirando poco á poco, deseando á los novios muchas felicidades, pero sin permitirse la más ligera de esas bromas que, aunque de mal gusto siempre, no faltan en tales circunstancias. No... Allí no podía haberlas. Hubieran hecho asomar al rostro de la novia, no el ruborcillo encantador que suelen producir, sino la terrosa palidez de una vergüenza hondísima, nacida de una acción pecaminosa, delito casi castigado en un código que, aunque no esté escrito, sabemos y aplicamos todos.

En aquel casamiento había algo de excepcional, que le daba un carácter serio, triste, como el de un duelo. La novia apenas había pronunciado más palabras que las precisas para dar forma al acto, y éstas con voz temblorosa, medio ahogada en un suspiro de agudo dolor... Después se levantó á responder por monosílabos á las frases de cortesía que se le dirigieron. El novio mostraba el ceño adusto, los labios contraídos, y en sus ojos, más que la pasión, leíase el disgusto, el malestar que produce un paso que se da á la fuerza, por cumplir un deber mortificante, pero necesario. Y claro es que esta actitud de los novios influía poderosamente en los invitados á la ceremonia, que eran muy pocos. Miraban á los dos jóvenes de soslayo y hablaban con voz contenida, como se hace en sitio donde ocurre una desgracia. Al fin, la situación les produjo cansancio, y se marcharon á los pocos instantes de llegar á la casa que había de ser la de los recién casados.

La madre, una mujer hermosísima y aún joven, que durante el acto no había cesado de llorar, fué la última que se retiró, acompañada por su esposo, de alguna más edad que ella, pero también tipo perfecto de varonil belleza. La primera



besó muchas veces á la novia, que apenas si le devolvió sus caricias; al contrario, parecía rechazarla de sí, con movimiento instintivo, como si el calor de aquel rostro pegado al suyo le produjera repugnancia. Para el esposo tuvo una mirada profunda, impregnada de melancolía y lástima... Estrechó fuertemente su mano y hasta que desapareció por la puerta de la sala, detrás de su mujer, no apartó él los ojos... Aun después siguió un rato mirando el vacío hueco de la puerta, como si

el fijar la mirada en otro sitio fuere el principio de una suprema angustia y experimentase ese afán tan humano de rechazar lo que nos mortifica, dilatando, aunque sólo sea por algunos momentos, el instante en que tenemos que aceptarlo como un hecho real é implacable.

Al fin dió un suspiro, volvió la cabeza y miró frente á frente al que ya era su marido. No pudo éste sostener la mirada de aquellos ojos, y bajó los suyos, barbotando unas palabras que sonaban á excusa, á demanda de perdón... A todo, menos á amor y reconocimiento por la dicha que el destino le proporcionaba!

Al cabo de un rato de mirarle la novia, dijo friamente:

—Y ahora, ya lo sabe usted. He cumplido con mi deber, creo que lo era, pero entre nosotros no existe nada que nos ligue... No puede existir. Es usted libre por completo... Yo también...

—¡Clara!—respondió únicamente el novio, levantando la cabeza. Volvió á bajarla en seguida y añadió, como si hablase consigo mismo:—¡Es imposible! ¡Esta situación es más dura, más vergonzosa de lo que yo me creí! ¡Sí! ¡más vergonzosa!... ¡Soy un miserable! ¡No he debido aceptar esto!

—¡Sí!—dijo Clara, irguiéndose y mostrando en su actitud una entereza varonil.—¡Sí! ¡ha debido usted aceptarlo! Es quizás la pena de su delito. Súfrala usted como yo la sufro... ¡Yo que no cometí ninguno!

—¡Pues por eso!—exclamó el otro con desesperado arranque.—Porque usted no cometió ninguno, porque se eleva usted mucho, me veo yo más bajo, más canalla!...

—Dejémonos de palabras huecas y fijemos nuestro plan de conducta para el porvenir—dijo Clara, huyendo del giro que la conversación tomaba.—Y ese plan no puede ser otro que el que le manifesté hace un momento, y con el que estuvo usted conforme antes de casarnos. Libertad completa para los dos... No tema usted que yo abuse de la mía... Al aceptar su nombre ante el mundo, sabía á lo que me obligaba... En la honradez de mi condición tiene usted la mejor garantía de que ese nombre será llevado dignamente. No quiero insistir en esto, no hay para qué... ¿Está usted conforme?

—Sí—respondió el marido con gran seguridad.—Es usted la más honrada de las mujeres... la más buena también, aunque la sociedad piense de otro modo.

—La sociedad no me importa. Jamás ha influido para nada en mi conducta. Mis acciones han nacido de mis costumbres propias, sin someterse á reglas convencionales, que para mí no tienen valor ninguno. En fin, bastante hemos hablado de mí... Hablemos de usted ahora...

—Mande usted... Yo no puedo hacer más que obedecerla.
 —Pues bien. Pregunto: ¿sigue usted dispuesto á cumplir la condición, la única que la impuse para que se efectuase este matrimonio verdaderamente extraño?
 —Sí...



—¿No intentará nunca acercarse á Dolores, á nuestra madrina de boda?—recalcó irónicamente.

—Nunca.

—Y si es ella... no lo creo, pero pongamos el caso en lo peor... si es ella la que se acerca á usted... la rechazará?

—La rechazaré... Se lo juro...

—Bien. Esa es la única limitación que pongo á su libertad. En lo demás puede usted hacer su gusto ó su capricho; salga usted y entre cuando le acomode; pase los días y las noches donde quiera; galatee á cuantas mujeres le parezcan lo suficientemente hermosas para ocupar sus ocios; olvídense de que existo en el mundo... Todo lo que usted haga me es igual. Pero si falta usted á lo convenido...—y al decir estas palabras los ojos de la joven brillaban como ascuas, y en su actitud leíase una resolución verdadera—si una sola palabra de cariño dirigida á Dolores asoma á sus labios si ejecuta usted la acción más insignificante que tienda á hacer revivir un pasado vergonzoso... entonces... ¡No me conoce usted aún! ¡No sabe que sería capaz de todo! No... no vacilaría—añadió con reconcentrada furia...—Bastante es lo hecho... Al comprender



la inutilidad de mi sacrificio, les dejaría á ustedes abandonados á su destino.

Mi deber ya era otro, y como he tenido valor para hacer lo que he hecho, le tendría para decir al desventurado esposo de Dolores... ¡Loco, abre los ojos y mira! ¡Ese hombre, al que sorprendiste en tu casa, no venía á ella por mí! Se encontraba en mi cuarto, en mi compañía, porque en él hice yo que entrara para que allí le vieras, puesto que antes le habían visto entrar otros en la casa y te lo advertieron... Me deshonré yo misma para que no apareciera deshonrados vosotros, tu mujer y tú... Me recogisteis de la calle; me disteis sustento, hogar, familia... Pagué mi deuda... Obligué á ese hombre á que se casara conmigo... ¡Le obligué, sí! Pero puesto que de nada sirve lo que he hecho, sabe la verdad... y ¡mátalos si quieres! ¡Mátalos, porque lo merecen! Sí, no dude usted que se lo diré...

Cada vez daba el hombre señales de mayor angustia. Cuando la joven concluyó de hablar, respondió solamente:

—¿Quién sabe si ése hubiera sido el camino derecho!

—¡No!... ¡No podía ser! exclamó Clara.—¡No quería yo que fuera! Conque lo dicho... Y ahora... no tenemos más que hablar. Buenas noches.

—Adiós—respondió el joven dirigiéndose hacia una puerta lateral.

Al llegar á ella se detuvo un momento... Quizás iba á añadir algunas palabras á lo dicho... pero ante la resuelta actitud de Clara, que le señalaba la puerta, contentóse con inclinar la cabeza y salió de la estancia.

Clara permaneció un rato en pie en el mismo sitio. Poco á poco transformóse la expresión de su rostro; de dura se hizo triste: aflojéronse sus brazos, que dejó caer á lo largo del cuerpo; cerró los párpados como si quisiera contener las lágrimas que se agolpaban á ellos, y con voz opaca, en la que palpitaba una desesperación sin límites, murmuró:

—Sí... debía hacerlo... Pero, Dios mío, Dios mío, ¿por qué no arrancas esta pasión?... ¿Por qué quiero yo á este hombre!

Luis de Ansorena.

Idilio.

Á orillas de un río de escasa corriente
 que entre árboles tiene su lecho de piedras
 y en busca de sombra, parándose á ratos,
 va dando cien vueltas,
 un hombre, ya viejo, de ojillos burlones,
 nevados cabellos y cara risueña,
 buscando tranquilo remedio á sus ocios
 y alivio á sus penas,
 sentado en el musgo, después que en el bosque
 buscó, entre el follaje, la parte más fresca,
 con mucho cuidado prepara el anzuelo,
 la caña y la cesta.

De pronto, una joven, preciosa muchacha
 de rubios cabellos que el aire despeina,
 de formas gallardas y de ojos que brillan
 lo mismo que estrellas,
 se va junto al viejo que, al ver á la hermosa,
 por unos instantes absorto se queda
 y un diálogo breve que animan las risas
 entabla con ella.

Su vida renace. De edades pasadas
 evoca recuerdos que siempre conserva;
 se alegran sus ojos y en ellos, entonces,
 la luz centellea.

Se escucha un suspiro tras otro suspiro
 Las voces no acaban, las risas no cesan
 y siente el anciano torrentes de fuego
 correr por sus venas.

Los pájaros trinan. El río murmura.
 Á impulso del aire los árboles tiemblan
 y en tanto, veloces, cubiertos de escamas
 los peces se alejan.

Más tarde, un muchacho, dando el camino,
 se interna en el bosque y el cadero contempla,
 y al ver la malicia cubrir los emblantes

de aquella pareja,
 —¿Se pesca abuelillo?— pregunta con sorna,
 y el viejo, al oírle, riendo contesta:
 —La caña está rota y el cesto vacío...
 ¡pero algo se pesa!

Alberto Casañal Shakery.

ESPAÑA CÓMICA.



Buenas y gordas.

Y hallé un país seductor
que, siendo rico de sobras,
representan nuestras obras
y no pagan al autor.

CAMPRODÓN.—Una vieja.

Ya se firmó el tratado,
gracias al cielo:
ya se cobra, señores,
no es un camelo:
los mexicanos
son en literatura
nuestros hermanos.
Ya las obras teatrales
cobran derechos:
ya podéis daros todos
por satisfechos.
Ya aquel recinto
es como Valdepeñas,
Trijueque ó Pinto.
Verdad que no se pueden
prohibir las obras
en el país llamado
rico de sobras,
y que el derecho
no me deja del todo
muy satisfecho.
Pero quiere decirse
que, si hay perjuicio,
como está á cuatro pasos,
se cita á juicio.
¡Bueno sería
que apurara á ninguno
tal frustería!
¿Pagan? Pues hay tratado,
que era lo grave.
¿En qué forma? Eso, amigo,
nadie lo sabe.

¡Me desesperan
tantas preguntas! ¿Cuánto?
¡Lo que ellos quieren!
¡Mire usted que son dudas
que tienen gracia!
¿Si sabrá lo que se hace
la diplomacia?
¿Qué era lo ansiado,
un tratado? ¡Pues, hombre,
ya está el tratado!
Que vendrán, si es que vienen,
dos perros chicos;
que allende van á darnos
micos y micos;
pero, señores,
¿no está la diplomacia
sujeta á errores?
¿Iban á hacer consultas,
siempre enojosas,
á las gentes que entienden
en estas cosas?
Eso sería
una solemne y grave
majadería.
En España, de antiguo,
tanto es el celo
que cargamos, y gracias,
con el mochuelo.
¡Viva el tratado
y los sabios iberos
que le han firmado!

Calixto Navarro

Sucedido.

Un joven muy calavera
examinábase un día
de química, y no sabía
ni una palabra siquiera.
Le preguntó el presidente:
—¿De la potasa qué sabe?
Y él contestó con voz grave:
—Pues nada absolutamente.
—Hábleme usted de la plata.
—Tampoco sé nada.
—¿Cómo?

Bueno, pues hable... del plomo.
—De ellos mi libro no trata.
—¡No sea usted mentecato!
—Yo, en el índice, leí
nitrato de plata, ni-
trato de plomo, nitrato
de potasa... y, sin dudar,
me dije, pues todo sobra...
de nada trata esta obra.
¿A qué la voy á estudiar?

Enrique del Castillo.

Chilindrinas.

Yo no puedo conquistarte
porque tengo poca ropa,
y tú has hecho tus conquistas
porque te han visto con poca.

Te empeñas en que tus versos
se empapen en pesimismo
y, es claro, resultan pésimos.

Si están permitidos
el robo y el plagio,

comprendo que pases
por buen literato.

¿Que por Lola se ha quedado
cierto viejo sin camisa?
Eso no será por Lola:
eso debe ser por lila.

Lo sabe cualquiera:
camisas y críticos
á fuerza de planchas
adquieren su brillo.

Luis González López.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Juan K. Alonso.—Debe usted ser muy viejo, amigo. Porque esa composición se la copió á usted Ventura de la Vega hace muchos años. Y ahora, cuando quiera usted publicarla, no va á creer nadie que es de usted.

Un valenciano.—Vulgaridad manifiesta en el asunto. Eso es lo malo que tiene.

Crito.—No resulta clara la idea. Porque hay besos que no implican pasión carnal precisamente.

Sr. D. E. O.—Por lo menos resulta un poco inoportuno el chiste.

P. L. M.—Siento el motivo, pero ha hecho usted lo que debía. Lo contrario no hubiera estado ni medio bien.

Capitán Pantalla.—La cosa no deja de tener gracia, pero se han publicado muchas cartas de esas, reales y apócrifas.

Un pollo.—Vaya por el primer cantar, y Dios nos lo perdone:

«Eres bella como pocas,
hermosa como un serafín,
y tienes, niña, unos ojos
que valen lo menos mil.»

¡Dios la conserve la vista! ¡Mil ojos! ¡Me río yo del puente de Salamanca!

Miquela.—¿Por qué causa y por qué motivo
llama á los cantares cántares?
Porque le han salido vulgares
y así parecen notables.

Un vate más.—No los recuerdo ahora. Supongo que no le pediría la firma por tratarse de poca cosa.

Nich Robinson.—Si le digo á usted que el cordobés que sale gracioso... ¡que hay que morir de risa con él, vayal!

Pepito.—No; no puedo resistir al deseo de publicar la décima, no sólo por la gallardía de la forma, sino por el fondo moral que envuelve:

«¡Oh, marqués de Cabriñana
que empuñaste la bandera
de moralidad verdadera
y que hiciste que te oyera
toda la gente moral
de la noche á la mañana
para dar un escarmiento
á los que al ayuntamiento
iban tan solo á robar,
¿porqué no te aplauden ya?»

Todo lo cual es una verdad como un templo, y una poesía como otro templo.

F. C. L.—No hay asonancias ya, pero el asunto sigue siendo un poco repulsivo, y esto es inevitable.

Simóné.—Complementamente candorosa. Y no se dice *túpida*, sino *tupida* ¡Caramba! Esta semana les ha dado á ustedes por los esdrújulos.

¿Se publicará?—Yo creo que no, aunque en un álbum no tendrían pero.

Un estudiante de Deusto.—Al interesado le haría mucho daño la sátira, pero al público indiferente... ¡ay! puede que le hiciera más daño todavía. Porque ¡si viera usted qué mediano es eso!

Sr. D. F. D.—Siguen los mismísimos defectos.

Sr. D. J. C.—Completamente sería, completamente triste y completamente fuera de la índole del periódico.

Escopeta.—¡Por Dios! Hay que saber primero qué palabras son consonantes y cuáles no lo son, porque de lo contrario corre uno el peligro de no hacer versos en su vida.

El trovador.—Ó lo hace usted muy mal, ó es usted un guasón de primera fuerza. Hay donde escoger.

Sr. D. J. R.—Mal versificados no están... hasta cierto punto. Pero los asuntos no tienen novedad ni gracia, sobre estar extremadamente diluidos.

Sr. D. M. C.—No me gusta, porque es una parodia de lo que hace generalmente López Silva. Y en estos asuntos el que da primero da dos veces.

Manolinerg.—Crea usted, por los innumerables mártires de Zaragoza, que no hay quien arregle eso. Versos largos, ídem cortos, ídem que quieren ser consonantes... etc., etc. ¡Imposible, vamos!

BIBLIOTECA DEL «MADRID CÓMICO»

ALMENDRAS AMARGAS

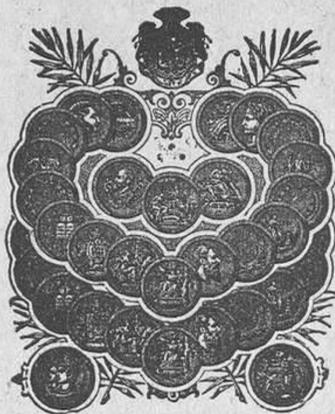
POR SINESIO DELGADO, DIBUJOS DE CILLA

Precio, 3 pesetas.

CUENTOS DE MI TIEMPO

POR JACINTO O. PICÓN

Precio, 3,50 pesetas.



COGNACS

Puros de vino garantizados
Elaboraciones y soleras desde 1887

GRAN DESTILERIA VAPOR SISTEMA CHARENTAIS

9 Grandes Medallas de Oro; 37 Medallas y Diplomas.

BARCELÓ Y TORRES

(MÁLAGA)

PROVEEDORES EFECTIVOS DE LA REAL CASA

Pídanse en todos los Ultramarinos, Cafés y Tiendas de España.

PÓRTICO DE APOLO

EXPOSICIÓN PERMANENTE DE INDUSTRIAS DIVERSAS
DE 9 DE LA MAÑANA Á 12 DE LA NOCHE

EXPOSICIÓN Y VENTA DE

Abanicos-Paraguas, por la Fábrica A. L. Serra.

Guantes, por la Fábrica G. Zurro.

Corsés, por la Fábrica Borrego y Crespo.

Corbatas, por la Fábrica Pedro Bto. Moreno.

Calzado de lujo, por la Fábrica José M.^a Sierra.

Guitarras, etc., por la Fábrica Hijos de González.

Bicicletas, por el «Gran Salón Humber».

Perfumería, por la Casa Albert.

Aparatos para luz eléctrica, por la Commercial Union Association.

Bombones-Caprichos, por la Casa «Refrescos Ingleses».—Botellitas modelo del «Cognac Jurado Castellón» á 50 cts.

CAPRICHOS DE ÚLTIMA NOVEDAD Y EXQUISITO GUSTO, JUGUETES, ETC., ETC., EN LA

VITRINA CENTRAL

De 9 de la mañana á 12 de la noche.

Empresa de anuncios, **Montera, 51.**—Concesionaria exclusiva de todo lo referente á publicidad en el teatro y pórtico de Apolo.

CHOCOLATES Y CAFÉS

DE LA

COMPAÑÍA COLONIAL

TAPIOCA—TÉS

50 RECOMPENSAS INDUSTRIALES

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20
MADRID

GRANDES DESTILERÍAS MALAGUEÑAS

COGNACS SUPERFINOS



JIMÉNEZ Y LAMOTHE

MÁLAGA—MANZANARES

MADRID—Imprenta de los Niños de M. G. Hernández, Libertad, 26 d. n.º